

DOMINGO 29 DE MARZO DE 1868.

### REVISTA DE LA SEMANA.

Los acontecimientos andan por el mundo tan mal repartidos como el dinero.

Hay semanas tan escasas y miserables, que en vano se les pide un curioso incidente, un hecho importante, que satisfaga el noble deseo de un puntual cronista, y entreteña un momento los tristes ócios de un lector melancólico. Llega la hora en que es preciso recoger los sucesos fundamentales de estas revistas; y la semana no da mas que siete dias fastidiosos, monotonos, sin interés, sin color y sin figuras, como una comedia del dia. En vano pedis á la multitud tumultuosa una riña, una ovacion, una escena. La multitud se empeña en no hacer nada, como los héroes de muchos dramas que yo conozco. Cogéis un periódico noticiero, y obligado por la necesidad desesperada, lo leéis; pero el periódico noticiero calla tambien y se encierra en la enojosa reserva de sus acontecimientos administrativos ó comerciales. Tan solo algun repugnante crimen da pavoroso aliciente á su lectura: nos habla de la temperatura, de los toros, de alguna recepcion *dansant*, y concluye con sus pragmáticas de modas, ó con algun insoportable código de etiqueta.

Mas de repente viene una semana tan pródiga, fecunda y exuberante, que los acontecimientos se atropellan disputándose la primacia. Cada dia, cada hora ha determinado un hecho nuevo, una nueva manifestacion de la actividad. La chismografía emite entonces sus mas gráficos epigramas: parece que una corriente antipática va pasando de hombre en hombre, engendrando las discordias, los diálogos tempestuosos, las réplicas furibundas. Entonces tambien los hilos misteriosos de la diplomacia tejen las mas estrambóticas marañas internacionales, y la política interior se anima igualmente con nuevos discursos, con contiendas nuevas.

\* \*

La semana que hoy nos toca reseñar pertenece á esta última clase. Vamos contando. Hagamos un sumario:

Publicase el imperial folleto de Napoleon III. Necedal sale de la Academia de *Ciencias morales y políticas*. Verificase la revista de la guardia rural, y se inaugura la iglesia del Buen Suceso. Los actores celebran pomposamente su funcion anual en la iglesia de San Sebastian. Vótase el matrimonio civil en Austria, y naufraga un bote en las procelosas aguas del Retiro. Los Bufos emigran á Portugal, dejando á Madrid sin regocijo y sin gracias. Los conciertos de cuarenta manos hacen fiasco, y en los de Barbieri aparece un instrumentista que manifiesta su gran habilidad domesticando un contrabajo. *La Constancia* derrota en sin igual batalla á D. Fermin Caballero. Mansa querrela entre *El Pensamiento* y *La Constancia*, entre el diario de los incienso y el diario de los charcos. Ensúncbase la plazuela de Santa Ana, y se derriba la parte vieja de la calle de Preciados. Acaba Fernandez Jimenez en el Ateneo, y empieza Moreno Nieto.

*Etcétera, etcétera.*

\* \*

Pero vamos por partes, y antes veamos si entre estos acontecimientos hay algunos de que podamos prescindir.

Si no nos engañan nuestros conocimientos de cronología, el folleto imperial del imperial autor de la *Historia de Julio César* es cosa vieja. (Hoy se llama viejo todo lo que ha pasado ayer.)

La desercion necedalina en la Academia de *Ciencias morales* tampoco es cosa nueva: atrás todo esto.

De la revista de la guardia rural no podemos decir nada, porque no sabemos cuándo pasó. Un periódico dice que tuvo lugar el domingo, y el público dice que tuvo lugar el jueves. Entre el público y un periódico ministerial, como tal competente en todo lo que es oficial, optamos por el periódico. Sin embargo, como fuimos el domingo al Prado y no vimos ni gota de guardia rural, creemos que el periódico se equivocó.

Quede á un lado esta cuestion histórica.

La funcion de los actores en San Sebastian debió ser cosa buena, porque cantó Tamberlick en ella, y tocó una excelente orquesta; pero como no tuvimos el honor de asistir, nos abstendremos de decir lo mas mínimo, porque el ejemplo de *La España* ha desacreditado el procedimiento de referir lo que no se ha visto.

En cuanto á la inauguracion de la iglesia del Buen Suceso, fuerza es confesar que es suceso importantísimo. Muy brillante debió ser, por lo solemne del acto, por lo escogido de la concurrencia, por su gran importancia en la historia del arte madrileño.

Por fin tenemos un templo en Madrid. Ahora, cuando nos acercamos á la capital, cuando subimos á los terrenos elevados que la limitan por el Norte, vemos elevarse entre el apiñado y abigarrado conjunto de negras chimeneas, de ruinosos tejados, de torres prismáticas, una aguja rematada por una cruz que resplandece con los rayos del sol naciente, vemos las bellas líneas de un airoso minarete sustentado por ojivas, adornado con los detalles policromáticos del estilo bizantino; y si descendemos y nos acercamos, y atravesando rondas y calles recién abiertas, llegamos al nuevo barrio de Pozas, podremos comprender toda la belleza y esbeltez del nuevo templo, primer monumento que en la corte simboliza el sentimiento religioso.

\* \*

¿Qué son las viejas iglesias de Madrid? Una capacidad mas ó menos grande, á veces de una sencillez desnuda y sin espresion, á veces revestida con una ornamentacion que indica el depravado gusto de los tiempos en que fueron construidas. Casi todas son de estilo greco-romano; pero de la mas crasa decadencia. Tienen todo lo profano de aquel estilo, sin tener su grandiosa perspectiva, sus puras y elegantes líneas. Cúpulas chatas las coronan, bóvedas que se apoyan pesadamente en frisos, donde á veces la grosera mano de D. José Churriguera ha colgado sus mas ridiculos follajes y sus ornamentos mas ridiculos. El exterior es en todas mezquino. Parece mentira que la piedad fervorosa y pródiga del siglo XVII no supiera levantar un templo que honrara al culto y al arte. Todo el dinero de la América, toda la iniciativa artistica del cuarto Felipe se ha empleado en elevar paredes de ladrillo, en tallar sobre la piedra escultural de Colmenar grotescos dibujos, emblemas absurdos, sin espresion, sin ningun carácter ideológico. Las ideas de aquellos arquitectos eran mezquinas y rastreras como sus edificios; no sabian lanzarse al espacio, no sabian acumular esas piedras elocuentes que á las orillas del Tiber, del Guadalquivir y del Rhin, hablan á tantas generaciones; no sabian materializar con indelebles

caracteres un pensamiento, ni comprendian el espíritu del arte, ni entendian el lenguaje misterioso de sus líneas. Eran unos picapedreros mas ó menos hábiles, albañiles presuntuosos, cuyos ladrillos querian rivalizar con las piedras de la Lonja de Sevilla ó del alcázar de Toledo. Los Berruguetes, los Covarrubias, los Herreras habian muerto sin sucesores: el Escorial fué panteon de la arquitectura.

Pero en un viejo rincon de Madrid, en un sitio tortuoso y casi inaccesible, tenemos un templo, un octógono interior de hermosas proporciones, de elevada altura, sencillo y majestuoso: en las aristas verticales vemos las delicadas venas y los haces robustos que forman la pilastra gótica; partiendo desde el piñon que remata esta pilastra, vemos reunirse en el techo con caprichosos dibujos aquellas mismas venas que se apoyan en el suelo y arriba se cruzan en ángulos simétricos, produciendo un conjunto armonioso y artistico. Es San Juan de Letran, llamado hoy *Capilla del Obispo*. En su interior hay un sepulcro, único monumento de esta clase que existe en Madrid; y en él vemos la rica escultura plateresca en toda su galanura. Las puertas del templo son dos prodigios de talla, que nos dicen á qué altura estaban los grandes ebanistas del siglo XVI, dignos de poner sus tablas al lado de los bronce de Benvenuto.

Este monumento es el único que en esta ciudad de ladrillo lleva nuestro espíritu á la doble contemplacion del arte y de la divinidad; es el único que hermana estos dos sentimientos, tan disgregados en los demás monumentos de Madrid.

Los primeros dias de la capital de España están representados en él: despues de cuatro siglos, la ciudad eleva otro templo ojival en su parte nueva, en su parte correspondiente al porvenir. ¿Cuál durará mas? ¿El estuco del Buen Suceso resistirá á cuatro siglos? Si no, la *Capilla del Obispo*, sólida construccion de piedra, será el único vestigio que en lo futuro diga á los curiosos arqueológicos y á los rebuscadores de ruinas: ¡¡Aquí estuvo Madrid, la del oso y el madroño!

\* \*

Aquí estuvieron los Bufos. Aquí están; pero saldrán bien pronto á explotar la hilaridad portuguesa. Arderius bate las alas vagorosas, remonta el vuelo en compañía de sus ninfas, y trasporta el coturno y la musa de lo Bufo á las últimas orillas del Tajo. Buen viaje lleve.

\* \*

Un siniestro ha tenido lugar en el estanque del Retiro. Efecto es esto de la aficion á expediciones lejanas y novelescas, nacida de las lecturas de Julio Verne. Uno de los botes llevaba hasta media docena de Argos arrojados é impetuosos. El convoy llegó sin peligro á los procelosos mares septentrionales: su exploracion adelantaba sin inconvenientes, hasta que los vientos alicios, que soplan constantemente en la zona comprendida entre el paseo de los Reyes y la casa del estanque, impulsó la embarcacion, obligándola á ceder á las corrientes. Todos los esfuerzos del arte náutico eran inútiles: el naufragio era inevitable. Zozobraron en el golfo de los patos á tres metros de latitud, divisando ya las costas de la fuente egipcia.

Afortunadamente los tripulantes fueron andando hasta la orilla, y no pereció ninguno, á causa de la poca agua que habia en aquel Océano.

\* \*

No tengo espacio para hablar del Sr. Bottesini, de quien he oído hacer grandes ponderaciones. Es un hombre que toca el contrabajo como si fuera un violín. ¡Singular resultado del estudio! ¡Este hombre ha domesticado el contrabajo, ese cetáceo de las orquestas!

Tocar de este modo un instrumento tan colosal me parece que tiene igual mérito que enseñar á un elefante á enhebrar agujas, ó instruir á un toro en las sutilezas de la prestidigitación.

B. PEREZ GALDÓS.

TEATROS.

O. O. O

Porque no os llameis luego á engaño, encabezamos nuestro presente artículo con el espresivo sumario que estais viendo. En tres ceros resumimos las graves y trascendentales noticias teatrales que hoy podemos comunicaros. Si apesar de todo persistis en leernos, forzoso os será reconocer desde ahora que cuanto menos digamos, tanto mejor cumpliremos nuestro programa.

Parece natural que artículo que comienza con semejante epígrafe, en el epígrafe debia tambien concluir. Pero es tal la costumbre que hemos contraído de hablaros todas las semanas un poco de teatros, y es tal la que suponemos en vosotros de leernos (y esto, aunque lo parece, no es inmodestia, como probaremos enseguida), que mientras tengamos algun pretexto, no hemos de dejar de haceros nuestra visita acostumbrada.

Decíamos que suponer que estais habituados á leernos no es inmodestia, y vamos á demostrarlo. Tenemos un amigo, cuya esposa acostumbraba á reprehenderle ágríamente todas las noches por la avanzada hora á que solia retirarse á su casa. Hoy es viudo hace un mes, y nos asegura que una de las cosas que mas echa de menos es el cotidiano apóstrofe y las desentonadas voces de su consorte. Refiriéndonos, pues, al caso presente, ¿no podemos creer, sin pecar de inmodestos, que esta semana necesitais, como las demás, nuestro habitual desentono literario?

Queda, pues, probado que debemos hablar. ¿Y de qué? De cualquier cosa. Los teatros están muertos. Pues vivamos de su muerte. Esplotemos su cadáver. ¡Eureka! podríamos esclamar, si tuviéramos el mal gusto de ser aficionados á citas griegas ó latinas.

Para nadie es un misterio que la actual temporada dramática, próxima ya casi á terminar, ha sido una de las mas desastrosas de que tenemos memoria. Los dos espectáculos que se encuentran en un teatro, el de telon afuera y el de telon adentro, han sido deplorables hasta lo inverosímil. En el uno vacío de público; en el otro vacío de buenas obras. El espectador que ha ido una vez no ha vuelto: la obra que se ha representado una noche no ha aparecido á la siguiente. El público ha huido de las comedias y las comedias del público. Dispersion general.

¿De quién es la culpa? se ha preguntado mil veces.

¿De quién es la culpa? preguntaremos nosotros por la vez mil y una. ¿Ha sido el público el que ha hecho enmudecer y disparatar á la empresa? ó ¿ha sido la empresa la máquina neumática que ha producido el perfecto vacío de las butacas?

\* \*

Oid á los unos:

—¡Pobres empresarios! Ellos han hecho todo lo posible por fijar esa caprichosa coqueta que se llama concurrencia. La han buscado por todas partes, la han mimado, la han adulado, han querido sorprenderla. ¡Todo en vano! Los teatros siempre vacíos. ¿Qué habian de hacer al fin? Desanimarse y echarlo todo á rodar. Hasta rubor causa este lastimoso indiferentismo del público.

Oid á los otros:

—¡Ir al teatro! ¡Jamás! Con los monstruosos engendros que nos regalan, asistir tres veces es el bello ideal del heroísmo. Vergüenza da esta miserable decadencia del arte dramático.

De donde se deduce que en los teatros se hacen malas comedias porque el público no va, y el público no va porque se hacen malas comedias. Insoluble problema, círculo de hierro del cual es imposible salir.

¡Y sin embargo es tan fácil de resolver la cuestión! Basta para ello que por una y otra parte se deseché esa ridícula y eterna manía del hombre de distinguir en todo absolutamente la razón y la sinrazón, la justicia y la injusticia, el bien y el mal, la víctima y el verdugo. ¡Es tan cómodo coger la falta de los demás, ponérsela delante, exagerarla, hacer su anatomía y olvidarnos en tanto de la nuestra! Casi dan ganas de compadecer á los verdugos y pensar que el papel de víctima es el mas socorrido, al observar el empeño que ponen todos en representarle. Acúsase á los hombres de embusteros y falsos en su trato con los otros. Preciso es hacerles justicia: la cosa que primero suelen engañar es su propia conciencia. La careta con que miran al prójimo es pobre y descolorido disfraz, al lado del que se ponen para mirarse á sí mismos.

Y volviendo á nuestra cuestión, si público y empresarios se convencieran de todo esto, y pensaran que tener *toda la razón* es imposible en el mundo, y que en cualquier discusión la justicia se divide siempre por partes, mas ó menos desiguales, entre los que se la disputan, natural era que trataran de conocer la cantidad de culpa que les toca en la catástrofe que lamentan, con lo cual ya estaríamos en camino de lograr remediarla.

El público acusaría entonces un poco su falta de afición y entusiasmo, su amor á otras diversiones, su egoista intransigencia, los *buffets dansants* de la marquesa de M... donde hay representación *con obsequio* ni mas ni menos que en el Circo de Paul, y otros muchos excesos largos de enumerar.

Los empresarios por su parte empezarian á conocer (aunque parezca imposible) su inexcusable pereza, su generosidad mínima, su presunción máxima, y su mal gusto literario que les hace desechar lo bueno y aceptar lo malo, hasta el punto de que casi merece hacerse proverbial la siguiente frase: «Obra que entusiasma á un empresario, silba segura.» *Et sic coeteris.*

Y ambos procurarian corregir estas faltas, y nos habríamos salvado, como por encanto.

Pero no: las locuras y los contrasentidos vivirán tanto como la humanidad. El público se lamentará del mal estado de los teatros, deplorará vivamente no poder asistir á ninguno, y entretanto, en vez de procurar animarles y prestarles nueva vida con su presencia, huirá de ellos cada vez con mas ahinco. Los empresarios se quejarán amargamente de esta ausencia, y sin embargo á cada vacío responderán con una mala comedia, como quien dice: «estamos pagados.» ¡Lógica sutil y contundente!

No hay que dudarle: en la larga serie de sus simplezas no se sabe que haya pensado, ni haya dicho el hombre contradicciones y absurdos tan palmarios como los que ha ejecutado obrando juiciosamente. Aun mas allá de los mayores disparates que pueden imaginarse en burla, están las grandes majaderías que suelen hacerse en serio.

¿A qué, pues, empeñarse en probar lo que no se ha de creer?

Digase lo que se quiera, todos han de estar en su derecho al acusar y quejarse, todos han de decir de los otros lo que convendría mas que dijeran de sí propios. Tratándose de esta cuestión, siempre oireis esclamar indefectiblemente:

*El público.*—¡Esos empresarios!

*Los empresarios.*—¡Ese público!

\* \*

Vamos á echar ahora un granito de sal á esta Revista, y como está tan necesitada de ella, le echare-

mos de las mas fuerte y escitante, de la sal de las promesas.

Dentro de un mes, poco mas ó menos, se cerrarán todos los teatros de esta corte. Para entonces os ofrecemos abrir el nuestro, que segun esperamos se verá honrado por una fabulosa concurrencia.

Como es de rigor, anunciamos esta nueva temporada teatral con la conveniente anticipación.

Durante ella vereis de todo. Dramas melencólicos, comedias clásicas, piezas en un acto, zarzuelas, dramas de costumbres, tragedias, en fin, cuanto pueda satisfacer los gustos mas heterogéneos. Abrigamos la confianza de que quedareis satisfechos.

Los detalles se darán oportunamente. Entretanto, queda abierto el abono en la Administración de este periódico.

EMILIO.

MANICOMIO POLICO-SOCIAL (1).

Soliloquios de algunos dementes encerrados en él.

JAULA III.—EL DON JUAN.

«Esta no se me escapa: no se me escapa, aunque se opongan á mi triunfo todas las potencias infernales, dije yo siguiéndola á algunos pasos de distancia, sin apartar de ella los ojos, sin cuidarme de su acompañante, sin pensar en los peligros que aquella aventura ofrecia.

¡Cuando me acuerdo de ella! Era alta, rubia, esbelta, de grandes y espresivos ojos, de majestuoso y agraciado andar, de celestial y picaresca sonrisa. Su nariz, determinada en una hermosa línea levemente encorvada, daba á su rostro una espresion de desdenosa altivez, capaz de esclavizar medio mundo. Su respiración era ardiente y fatigada, marcando con acompasadas depresiones y expansiones voluptuosas el movimiento de la máquina sentimental, que andaba con una fuerza de 400 caballos de buena raza inglesa. Su mirada no es definible; de sus ojos, medio cerrados por el sopor normal que la irradiación calurosa de su propia tez le producía, salían furtivos rayos, destellos perdidos que quemaban mi alma. Pero mi alma queria quemarse, y no cesaba de revolotear como imprudente mariposa en torno á aquella luz. Sus labios eran coral finísimo, su cuello primoroso alabastro, sus manos mármol delicado y flexible, sus cabellos doradas hebras que las del *mesmo sol* escurecian. En el hemisferio meridional de su rostro, á algunos grados del meridiano de la nariz y casi á la misma latitud que la boca, tenia un lunar, adornado de algunos sedosos cabellos, que agitados por el viento, se mecían como frondoso cañaveral. Su pié era tan bello, que los adoquines parecían convertirse en flores cuando ella pasaba; de los movimientos de sus brazos, de las oscilaciones de su busto, del encantador vaiven de su cabeza, ¿qué puedo decir? Su cuerpo era el centro de una infinidad de irradiaciones eléctricas, suficientes para dar alimento para un año al cable submarino.

No habia oído su voz; de repente la oí. ¡Qué voz, Santo Dios! parecia que hablaban todos los ángeles del cielo por boca de su boca. Parecia que vibraba con sonora melodía el lunar, corchea escrita en el pentágono de su casa. Yo devoré aquella nota; y digo que la devoré, porque me hubiera comido aquel lunar, y hubiera dado por aquella lenteja mi derecho de primogenitura sobre todos los *don Juanes* de la tierra.

Su voz habia pronunciado estas palabras, que no puedo olvidar.

—Lorenzu, ¿sabes que comeria un bucadu? Era gallega.

\* \*

—Angel mio, dijo su marido, que era el que la acompañaba: aqui tenemos el *café del Siglo*, entra y tomaremos jamon en dulce.

(1) Jaulas visitadas: I. El neo.—II. El filósofo materialista.

Entraron, entré; se sentaron, me senté (enfrente); comieron, comí (ellos jamon, yo... no me acuerdo lo que comí; pero lo cierto es que comí).

El no me quitaba los ojos de encima. Era un hombre que parecía hecho por un artífice de Alcorcon, espresamente para hacer resaltar la belleza de aquella mujer gallega, pero modelada en mármol de Páros por Benvenuto Cellini. Era un hombre bajo y regordete, de rostro apergaminado y amarillo como el forro de un libro viejo: sus cejas angulosas y las líneas de su nariz y de su boca tenían algo de inscripción. Se le hubiera podido comparar á un viejo libro de 700 páginas, voluminoso, ilegible y apolillado. Este hombre estaba encuadernado en un enorme gaban pardo con cantos de lanilla azul. Despues supe que era un bibliómano.

\* \* \*

Yo empecé á deletrear la cara de mi bella galleguita. Soy fuerte en la paleontología amorosa. Al momento entendí la inscripción, y era favorable para mí.

—Victoria, dije, y me preparé á apuntar á mi nueva víctima en mi catálogo. Era el número 1003.

Comieron, y se hartaron, y se fueron.

Ella me miró dulcemente al salir.

El me lanzó una mirada terrible, espresando que no las tenía todas consigo; de cada renglon de su cara parecía salir una chispa de fuego indicándome que yo había herido la página mas oculta y delicada de su corazón, la página ó fibra de los celos.

Salieron, salí.

Entonces era yo el *don Juan* mas célebre del mundo, era el terror de la humanidad casada y soltera. Relataros la serie de mis triunfos, sería cosa de no acabar. Todos querían imitarme; imitaban mis ademanes, mis vestidos. Venían de lejanas tierras solo para verme. El dia en que pasó la aventura que os refiero era un dia de verano; yo llevaba un chaleco blanco y unos guantes de color de lila, que estaban diciendo, comedme.

Se pararon, me paré; entraron, esperé; subieron, pasé á la acera de enfrente.

En el balcon del quinto piso apareció una sombra: ¡es ella! dije yo, muy ducho en tales lances.

Acerquéme, miré á lo alto, estendi una mano, abrí la boca para hablar, cuando de repente, ¡cielos misericordiosos! ¡cae sobre mí un diluvio!... ¿de qué? No quiero que este papel quede, si tal cosa nombro, como quedaron mi chaleco y mis guantes.

Llenéme de ira: me habían puesto perdido. En un acceso de cólera, entro y subo rápidamente la escalera.

Al llegar al tercer piso, sentí que abrian la puerta del quinto. El marido apareció y descargó sobre mí con todas sus fuerzas un objeto que me descalabró: era un libro que pesaba sesenta libras. Despues otro del mismo tamaño, despues otro y otro: quise defenderme, hasta que al fin una *Compilatio decretalium* me remató: caí al suelo sin sentido.

Cuando volví en mí, me encontré en el carro de la basura.

\* \* \*

Levantéme de aquel lecho de rosas, y me alejé como pude. Miré á la ventana: allí estaba mi verdugo en traje de mañana, vestido á la holandesa; sonrió maliciosamente, y me hizo un saludo, que me llenó de ira.

Mi aventura 1003 había fracasado. Aquella era la primera derrota que había sufrido en toda mi vida. Yo, el *don Juan* por excelencia, ¡el hombre ante cuya belleza, donaire, desenfado y osadía, se habían rendido las mas meticulosas divinidades de la tierra!... Era preciso tomar la revancha en la primera ocasion. La fortuna no tardó en presentármela.

Entonces ¡ay! yo vagaba alegremente por el mundo, visitaba los paseos, los teatros, las reuniones y tambien las iglesias.

Una noche, el azar, que era siempre mi guía, me había llevado á una novena: no quiero citar la iglesia, por no dar origen á sospechas peligrosas. Yo estaba oculto en una capilla, desde donde sin ser visto dominaba la concurrencia. Apoyada en una columna vi una sombra, una figura, una mujer. No pude ver su rostro, ni su cuerpo, ni su ademan, ni su talle; porque la cubrían unas grandes vestiduras negras desde la coronilla hasta las puntas de los pies. Yo colegí que era hermosísima, por esa facultad de adivinacion que tenemos los *don Juanes*. Concluyó el rezo. Salió, salí; un jóven la acompañaba,

«¡su esposo!» dije para mí, algun matrimonio en la luna de miel.

Entraron, me paré y me puse á mirar los cangrejos y langostas que en un *restaurant* cercano se veían espuestos al público. Miré hácia arriba, ¡oh felicidad! Una mujer salía al balcon, alargaba una mano, me hacia señas... Cercioréme de que no tenía en la mano ningun ánfora de alcoba, como el maldito bibliómano, y me acerqué. Un papel bajó revoloteando como una mariposa hasta posarse en mi hombro. Leí: era una cita. ¡Oh fortuna! ¡era preciso escalar un jardín, saltar tapias! eso era lo que á mí me gustaba. Llegó la siguiente noche y acudí puntual. Salté la tapia y me hallé en el jardín.

Un tibio y azulado rayo de luna, penetrando por entre las ramas de los árboles, daba melancólica claridad al recinto y marcaba pinceladas y borrones de luz sobre todos los objetos.

Por entre las ramas vi venir una sombra blanca, vaporosa: sus pasos no se sentían, avanzaba de un modo misterioso, como si una suave brisa la empujara. Acercóse á mí y me tomó una mano: yo proferí las palabras mas dulces de mi diccionario, y la seguí; entramos juntos en la casa. Ella andaba con lentitud y un poco encorvada hácia adelante. Así deben andar las dulces sombras que vagan por el Eliseo, así debía andar Dido cuando se presentó á los ojos de Eneas el Pio.

Entramos en una habitacion oscura. Ella dió un suspiro que así de pronto me pareció un ronquido, articulado por unas fauces llenas de rapé. Sin embargo, aquel sonido debía salir de un seno inflamado con la mas viva llama del amor. Yo me postré de rodillas, estendi mis brazos hácia ella... cuando de pronto un ruido espantoso de risas resonó detrás de mí; abriéronse las puertas y entraron mas de veinte personas, que empezaron á darme de palos y á reir como una cuadrilla de demonios burlescos. El velo que cubria mi sombra cayó, y vi, ¡Dios de los cielos! era una vieja de mas de noventa años, una arpía arrugada, retorcida, seca como una momia, vestigio secular de una mujer ante-diluviana, de voz semejante al gruñido de un perro constipado; su nariz era un cuerno, su boca era una cueva de ladrones, sus ojos dos grietas sin mirada y sin luz. Ella tambien se reía ¡la maldita! se reía como se reiría la abuela de Lucifer, si un *don Juan* le hubiera hecho el amor.

Los golpes de aquella gente me derribaron; entre mis azotadores estaban el bibliómano y su mujer, que parecían ser los autores de aquella trama.

Entre puntapiés, pellizcos, bastonazos, escobazos y pescozones, me pusieron en la calle y en medio del arroyo, donde caí sin sentido, hasta que las matutinas escobas municipales me hicieron levantar. Tal fué la singular aventura del *don Juan* mas célebre del universo. Siguieron otras por el estilo; y siempre tuve tan mala suerte, que constantemente paraba en los carros que recogen por las mañanas la inmundicia acumulada durante la noche.

Un dia me trajeron á esto sitio, donde me tienen encerrado, diciendo que estoy loco. La sociedad ha tenido que aherrojarme como á una fiera asoladora; y en verdad, á dejarme suelto, yo la hubiera destruido:

## DATOS PARA LA HISTORIA.

CUENTO, POR ALFONSO KARR.

### I.

Una noche soñé que unos vapores grises y espesos se elevaban de pronto en el horizonte; que sonaba al mismo tiempo un trueno lejano; que un enorme grupo de nubes, arrastradas por un fuerte viento, pasaban rozando el tejado de la casa en que me hallaba, y que mi alma, harta de su prision corporal, salía de mí y se dejaba arrastrar á la ventura por uno de aquellos nubarrones.

No sé dónde habría ido á parar si la nube al fin no se hubiera convertido en lluvia, cayendo sobre una ciudad, en un extraño y desconocido país. En el momento de descender envuelto en una gota de agua, advertí que todos los ciudadanos se hallaban muy agitados. Luego supe, despues de largas averiguaciones, que me hallaba en el microscópico reino de Nihilburgo, á la sazón en guerra con el no menos microscópico reino de Microburgo. Los historiadores de ambos países asignaban á esta larga y encarnizada pelea causas diferentes.

Uno de los historiadores de Nihilburgo, á la manera de Tácito, que comenzó *Urbem Romam á principio reges habuere*, empieza así su relacion: «Dios creó el cielo y la tierra....»

Despues de haber contado el crimen de los hombres y el diluvio, esa gran legia tan poco beneficiosa, explica cómo los hijos de Noé poblaron las difereates partes de la tierra, y cómo, por circunstancias diversas, que no me detendré en relatar, se fundó la ciudad de Nihilburgo, que cuenta hoy 265 habitantes.

De lo que este historiador, quizá un poco difuso, refiere, así como de las tradiciones del país, resulta que las primeras diferencias habidas entre estas ciudades, tuvieron por causa un olmo colocado en el límite de ambos países, y cuya posesion pretendían los dos con igual derecho.

Terminóse esta querrela gracias á la ingeniosa idea de un príncipe de Nihilburgo, que despues de largas y crueles guerras, propuso, muy á gusto de los beligerantes, que se hiciera con el olmo una hoguera triunfal, alrededor de la cual bailaran los habitantes de los dos países.

Preciso es confesar que los historiadores de la otra ciudad pretenden, por el contrario, que fué un duque de Microburgo el que tuvo semejante idea, y lo consignan en sus anales del modo siguiente:

1645: Vilhem III; en su reinado se quema el olmo que motivaba la sangrienta guerra entre ambos países.

Mas á esto contestan los habitantes de Nihilburgo, con apariencias de razon, que semejante frase no quiere decir que el duque Vilhem concibiera la idea de quemar el olmo; dice sencillamente que fué *en su reinado*; y se puede muy bien decir, «Molière hizo el *Tartuffe* en el reinado de Luis XIV,» lo cual no es afirmar que Luis XIV sea el autor del *Tartuffe*.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el incendio del olmo, que había parecido tan acabada solucion de todos los disgustos, los trajo mayores y mas graves, por una razon sencillísima. Colocado en el límite de los dos países, servía de pretexto para continuadas discusiones; pero arrancándolo de raiz, se borró este límite por completo, y de aquí que surgieran nuevos debates y guerras mas terribles. Por esta causa se encuentra en los anales de Microburgo, hácia el año 1647, la siguiente nota:

«Nueva guerra con los nihilburgueses á causa de la indebida recoleccion de medio sembrado de cebada, hecha por ellos, en tierra de Microburgo.»

Además de las causas políticas, otras diferentes, que la dignidad del historiador pasa en silencio, pero que la tradicion conserva cuidadosamente, mantenían la mala inteligencia entre las dos naciones.

Las nihilburguesas eran célebres por la admirable hechura de su pantorrilla, y llevaban trajes muy cortos.

Las damas de Nihilburgo que, por el contrario, los llevaban muy largos, aseguraban que si la conveniencia no les obligara á ocultar ciertas cosas, y si quisieran sacrificar el pudor á una estúpida vanidad, como las de Microburgo, podrían muy fácilmente humillarlas; pero que las parecía mas digno que se dijera: «No se sabe cómo son las piernas de las damas de Nihilburgo.»

Con este motivo habianse agriado cada vez mas las cosas, y en el momento en que mi alma descendió sobre Nihilburgo, habiase renovado la interminable guerra, y en los encuentros habidos hasta entouces, cada uno se atribuía orgullosamente la victoria.

El dia en que caí de las nubes, era precisamente el aniversario de la hoguera triunfal hecha con el disputado olmo. Se celebraba en los dos países *la fiesta de la paz*.

*La fiesta de la paz* comenzaba en ambos á la hora precisa en que el olmo había recibido el primer hachazo destructor, y aun esto era motivo de disputa entre las dos naciones rivales. Los nihilburgueses pretendían que había sido á las seis menos cuarto, al paso que los de Microburgo afirmaban que este primer hachazo se había dado á las cinco y media.

Durante algun tiempo los dos pueblos iban en procesion al sitio en que antes se hallaba el árbol, y allí se reunían y comenzaban los festejos; pero al fin se advirtió que todos los años, con motivo de *la fiesta de la paz*, sobrevenían grandes disputas, y era este, á no dudarlo, el dia del año en que había mas cabezas abiertas y mas brazos rotos á garrotazos. Hé aqui por qué fué cayendé la procesion en desuso.

*La fiesta de la paz* duraba en ambas naciones toda la noche. En una y otra se pasaba el tiempo bailando, bebiendo y cantando; pero las canciones, que empezaban por hablar de amor, concluían, gracias á las repetidas libaciones, por frases ó indirectas mas ó menos embozadas, dirigidas capciosamente al pueblo rival.

Hé aqui poco mas ó menos lo que cantaban en Microburgo el dia de *la fiesta de la paz*.

«Bailemos alegremente bajo las añosas encinas, con nuestras lindas muchachas de vestidos cortos y hermosas pantorrillas. Los vestidos largos son buenos para las mujeres de Nihilburgo. ¿Dónde encontrarán toda la tela que necesitan para esconder sus enormes piés?»

«Que ninguna de vosotras ame á un jóven de Nihilburgo.»

«Pero, ¿qué nihilburgés es capaz de venir á mezclarse entre nosotros?»

«Jóvenes de Microburgo, ¡tenemos todavía los palos con que les hemos roto tantas cabezas!»

«¡Hourrah!!»

Y concluian con gritos y relaciones de las victorias obtenidas sobre los nihilburgeses.

Entretanto en Nihilburgo cantaban:

«Bailemos alegremente bajo las añosas encinas, con nuestras recatadas doncellas de largos vestidos, que solo enseñan los pies á sus maridos.»

«Es fortuna que las microburgesas no tengan nada bueno mas que la pierna, porque si no se nos presentarían desnudas.»

«Que ninguna de vosotras ame á un jóven de Microburgo.»

«Pero, qué microburgés es capaz de mezclarse entre nosotros?»

«Jóvenes de Nihilburgo, ¡tenemos todavía los palos con que les hemos roto tantas cabezas!»

«¡Hourrah!»

Y concluian, como en el otro reino, con gritos y relaciones de las victorias obtenidas sobre los microburgeses.

Así se celebraba, como hemos dicho, la fiesta de la paz.

(Se continuará.)

## SALA DE VARIOS.

Un periódico de Paris da la estupenda noticia de que un conocido escritor se encuentra escribiendo en la actualidad una comedia, para presentar una fuente *monstruosa y sorprendente*, según dicen los anuncios.

Esta noticia al principio nos dejó estupefactos.—¡Horror! pensamos; hasta ahora habíamos visto escribir comedias para actores, para decoraciones, para trajes, pero ¡para una fuente!... Este es un nuevo y gigantesco paso en el camino de la barbaridad literaria, que no tardará en tener imitadores por aquí. Y siguiendo por esta gloriosa senda, ¿quién sabe adónde iremos á parar? ¡Ya estamos viendo el día en que se escriba un drama en tres actos, para que la primera dama pueda lucir las hebillas de sus zapatos!

Pero registrando luego un poco en nuestra memoria, caímos en la cuenta de que no había motivo para que nos sorprendiéramos. La tal fuente debe ser la misma que con el título de *La fuente milagrosa* se nos presentó no hace muchos años en el teatro del Circo, por medio de una comedia escrita exclusivamente para exhibirla, como con incomparable frescura afirmaban los carteles.

Está visto que en este punto no necesitamos ya imitar ni recibir lecciones. Estamos más adelantados de lo que parece.

\* \*

## SONETO.

El buen tabaco, transformado en humo,  
lleva del fumador la pena negra;  
convertido en Champagne, ¿á quién no alegra  
de la frondosa vid el dulce zumo?

Que, oro gastando, calmará presumo,  
si es rico, el mal humor quien tiene suegra,  
y en la corte lo mismo que en Viniegra  
produce un gran festín contento sumo.

Mas que el tabaco, y, en dorada copa,  
libar en el festín hirviente espuma,  
me quita el mal humor ver á la tropa  
de gente nea, á quien la ciencia abruma,  
cómo se limpia en la grasienta ropa,  
para escribir, las barbas de la pluma.

\* \*

*La Constancia* publica el otro día un largo suelto en que habla de la Academia de Jurisprudencia, encomiando, como es de suponer, la extraordinaria animación y la inusitada lucidez con que se discuten las mas altas cuestiones por las seis ú ocho personas que allí asisten, y que en todo son de la misma opinión.

Concluye su apasionado ditirambo diciendo:

«Los que asisten á las sesiones de la Academia van viendo que las discusiones puramente científicas no son memos animadas, y si mucho mas provechosas, que aquellas otras donde se mezclan la política y las pasioncillas de partido.»

Curiosa por demás es la manera de proceder de los neos cuando raciocinan, que alguna vez se toman la libertad de aparentar que lo hacen.

Y luego dirán que estos señores no son equitativos ni racionales.

\* \*

Pasaste por mi balcon,  
acompañándote un neo;  
conmigo no cuentes mas,  
que no soy rival de necios.

\* \*

No dejan de ser curiosas las siguientes casualidades:

*El Eco Nacional* vive en la calle del Sordo.

*La Constancia* en la calle de *Silva* (buena la merece).

*Nocedal* en la calle de la *Libertad*.

*La Esperanza* en la calle del *Pez* (este está siempre de vigilia).

*La Epoca* en la calle de las *Torres*.

Las torres que desprecio al aire fueron  
á su gran pesadumbre se rindieron.

*La Regeneracion* se alberga en la calle de *San Marcos*.

*El Espritu público* vive en la plazuela de *Herradores*, con H.

*La España* en la calle del *Barquillo* (releno de hojas de árbol de *Guernica*).

\* \*

Copiamos testualmente de *El Pensamiento Español*:

«Al visitar el señor conde de *Cheste*, en *Reus*, la imágen de la *Virgen de la Misericordia*, le regaló la gran cruz de *Isabel la Católica* y la faja que el general llevaba puestas.»

\* \*

Dicen que se van los bufos  
para Pascua á Portugal;  
yo sé de gente que queda  
y no hace mas que fumar.

— —

Al Museo arqueológico  
le están haciendo regalos;  
allí están bien las ideas  
de *Nocedal* y *Tejado*.

— —

Que diga usted lo que quiera,  
me parece cosa rara  
ver un neo con bigote  
y ver un inglés con capa.

— —

Echese usted á discurrir,  
que es fácil de averiguar,  
por qué el *neismo* hace poco  
se quedó sin Lealtad.

\* \*

Cuando *Cádiz* se hallaba sitiado por los franceses, hallábase en esta ciudad *Arriaza* y el ilustre *Quintana*, que eran amigos inseparables.

El primero publicó por entonces un sangriento artículo contra *Capmany*, y reprochándole severamente el principio de nuestros poetas por su conducta con una persona tan digna de aprecio, contestóle *Arriaza*:

—Lo he hecho, porque yo nunca vacilo en perder un amigo, con tal de decir una frase ingeniosa.

A lo que repuso *Quintana*:

—Pues ahora ha dicho usted una necedad, y ha perdido dos.

Solucion de la charada inserta en el número anterior:

TELA.

\* \*

CHARADA.

Es mi primera una letra  
que vale lo menos dos,  
y repetida en los valles  
suele escucharla el pastor.  
Mi segunda el caminante,  
ya de noche, ya con sol,  
suele tambien repetir  
con fuerte y con clara voz;  
y mi todo sabe á gloria:  
basta que lo diga yo.

## SANTO DEL DIA.

San Eustasio, obispo y mártir,  
CULTOS. Se gana el jubileo de las Cuarenta Horas en la iglesia de las Escuelas pias de San Fernando.

## BOLSA.

COTIZACION OFICIAL DEL DIA 28.

Fondos públicos.

3 por 100 consolidado al contado, 33-90.

Idem á fin de mes, 33-90.

Idem á fin del próximo, 33-90.

Id. por 100 diferido al contado, 32-25.

Idem á fin del próximo, 33-90.

Amortizable de 1.ª clase, 00-00.

Idem de segunda, 17-00 d.

Deuda del personal, 25-20

Blletes hipotecarios, 97-25 d.

Carreteras y sociedades.

Emision de Abril de 4.000, 89-25.

Idem de 2.000, 94-00 d.

Idem de Junio, de 2.000, 93-50.

Idem de Agosto, de 2.000, 77-25.

Idem de Marzo, de 2.000, 70-00.

Idem de Julio, de 2.000, 73-00 p.

Obras públicas, de 2.000, 72-00 d.

Canal de Isabel II, 1.000, 103-00 d.

Obligaciones de ferro-carriles, 67-00 .d

Idem nuevas, de 2.000, 00-00.

Idem, id., de 20.000, 00-00.

Banco de España, 139-90 p.

Cambios extranjeros.

Londres 90 d. f., 49-75.

Paris, á 8 d. v., 5-17 d.

## ESPECTACULOS.

REAL.—A las ocho y media.—Funcion 134 de abono.—Segundo turno, par.—*L'Ebrea*

PRINCIPE.—A las cuatro y media.—*El hombre mas feo de Francia*.—*El gorro de dormir*.—A las ocho y media.—*Miss Susana*.—*Herir por los mismos flos*.

ZARZUELA.—A las cuatro y media.—*La varita de virtudes*.—A las ocho y media.—*La varita de virtudes*.

NOVEDADES.—A las cuatro y media.—*Flor de un dia*.—*Las diabluras de Perico*.—A las ocho y media.—*El preceptor y su unger*.—*Las cuatro esquinas*.—*Las diabluras de Perico*.

BUFOS.—A las cuatro y media y á las ocho y media.—*Los infiernos de Madrid*.

CIRCO DEL PRINCIPE ALFONSO.—A las dos de la tarde.—Quinto concierto bajo la direccion del señor *Barbieri*.

VARIEDADES.—A las ocho.—Gran funcion de prestidigitacion y juego maravilloso por el Sr. *Gilardi*.

## ANUNCIOS.

AÑO XXVII DE PUBLICACION.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

periódico especial de señoras.

Magnifico y aristocrático álbum de bordados, labores, Cortes de vestidos y trajes, figurines iluminados y en negro, tapicerias, patrones, etc.

SECCION LITERARIA ESCOGIDISIMA.

CUATRO EDICIONES AL ALCANCE DE TODOS.

Se remitirá un número de muestra á quien le pida Administraciones centrales: Madrid, libreria de *Bailliere*; *Cádiz*, *Ahumada*, 5; *Paris*, *Madame C. Smit*; *rue Favart*, 2; *Lisboa*, *L. E. Cardoso Guedes*, *rua do Libramento*; *Habana*, *Gonzalez Tangua*, *calle de Habana*.

Editor responsable D. JOSÉ GARCÍA.

Madrid.—1868.

Imprenta de Faraldo y Pastor, Fomento 18.